



VII

De que la materia y la fuerza no pueden ser eternas, síguese lógicamente la necesidad de la existencia de Dios

EVIDENCIADO ya que la materia y la fuerza no pueden ser infinitas ni eternas, fácil es ya deducir como consecuencia lógica la necesidad de la existencia de Dios, tomando precisamente como premisas de tan transcendental verdad las mismas teorías físicas de que el entendimiento ha querido abusar.

La energía *total* hoy existente en el universo, compuesta de la suma de todas las

energías *actuales*, más todas las *potenciales* (1), ya se las llame gravedad, afinidad, cohesión, repulsión, vibración, luz, calor, electricidad, magnetismo, etc., es una cantidad constante, igual á la que tuvo en su origen y tendrá hasta su fin el universo; es más: según la teoría de la unidad de las fuerzas físicas, es única en su esencia aunque variada en sus apariencias. La materia que hoy constituye el mundo, sea idéntica en todos los cuerpos (yo lo tengo por cierto), sea diversa en cada uno de los simples, no ha aumentado ni disminuído en la sucesión de los siglos. De los dos luminosos principios, el de la conservación de la energía y el de la conservación de la materia, se sigue que cualquier cuerpo ó fuerza que aparezca de nuevo, aunque nos sea desconocida por completo la causa de donde procede, no brota y pasa del no ser al ser espontáneamente, ni á impulso de las energías más colosales de la materia; no

(1) Que no aparecen á la vista por encontrarse en estado latente.

hace más que experimentar una modificación accidental; mas todo lo que tiene de substancial, de *ser*, ya existía bajo diversa forma. De aquí el que para el estudio de la existencia del mundo no tengamos más que acudir al primer momento en que aparece la enorme masa y descomunal fuerza que le constituye; salvado este abismo, todo lo demás puede explicarse sencillamente por las modernas teorías físicas. Que haya que dar este salto del no ser al ser, es ineludible consecuencia de la imposibilidad y absurdo de la materia y fuerza eterna. ¿Cómo lo dió el mundo? ¿Por una virtud á él intrínseca? Imposible, pues lo que no existe no puede tener virtud alguna, según los principios antes sentados; si tenemos un número cualquiera de fuerzas, todas ellas iguales á cero, su resultante será eternamente *cero*; y como todas las uerzas hoy existentes en el universo antes del primer instante de su existencia era *cero*, no pudieron en manera alguna llegar á producir la más insignificante cantidad

de fuerza; del mismo modo, en toda combinación química, la cantidad de materia antes de la reacción y después de ella es siempre igual; y como antes de verificarse la primera supuesta combinación la cantidad de materia era *cero*, consiguientemente después de ella también sería *cero*. Luego, ó hemos de negar la existencia de todo el universo, ó hemos de admitir que hubo un momento en el que pasó del no ser al ser por virtud y fuerza de un ente absolutamente independiente del sistema *fuerza-materia* del universo; este ente tiene por precisión que ser inmaterial, infinito y eterno, pues, de lo contrario, resultaría imposible su existencia por las mismas razones aquí alegadas. Ese ente inmaterial, infinito y eterno, cuya majestad y gloria pregonan los cielos, y cuya existencia las leyes físicas y matemáticas, con la evidencia é inflexibilidad que las caracteriza, nos obligan á admitir si no queremos precipitarnos en la pavorosa sima de la negación de todo lo existente, es el *Dios* de los *católicos*.

Antes de conocer los dos luminosos principios de la conservación de la energía y de la materia, era explicable que algunos, alucinados por las apariencias, cayeran en el lamentable error de la *aseidad* del mundo. Veían que muy pequeña semilla se convertía en corpulento y robusto árbol, que después de algún tiempo se encontraba cubierto de millares de gérmenes idénticos al que lo había engendrado; que con insignificante choque se podía producir una conmoción espantosa en el ambiente, y derribar sólido y bien cimentado edificio; que con el roce de dos cuerpos se podía convertir la exuberante vegetación de dilatado y espeso bosque, primero en rojas y oscilantes llamas, y después en montón relativamente exiguo de cenizas; que cuando menos se pensaba la atmósfera se revolvía, apareciendo en ella multitud de sorprendentes meteoros que antes se encontraban en el abismo de lo no existente; en una palabra, que todas las cosas salían de la nada para volver á ella; este

aparente tránsito de la nada al ser y del ser á la nada que á diario parecía contemplarse en la naturaleza, pudiera hacer pensar que no era tan infranqueable la barrera *infinita* que media entre la nada y el ser.

Mas hoy la Física ha demostrado hasta la evidencia que todos esos seres que parece brotan de la nada no tienen ni un sólo átomo de materia ó fuerza que ya no existiese, y que esas extinciones y aniquilamientos aparentes de materia y fuerza no son más que meras transformaciones en las que queda latente toda la energía primitiva; si una pequeña cantidad de dinamita vuela un edificio desplegando titánicas fuerzas, en ella se encontraban latentes esperado el momento de romper como indómita fiera las cadenas toscas que la amarraban; si una bala, dotada de pasmosa velocidad debida al hálito de fuego del cañón, es detenida por un obstáculo, no habrá aniquilado éste el movimiento de aquélla. Tóquesela después de haber caído en tierra, y se la encontrará con otro mo-

vimiento más disimulado, pero no menos enérgico que el anterior; el movimiento de sus moléculas nos abrasará la mano.

Hoy, de entre el confuso caos de las hipótesis y teorías físicas, brota como el alba de las tinieblas de la noche el luminoso principio de la conservación de la materia y de la energía; lo cual, en buen romance, quiere decir que todas esas misteriosas é infinitas fuerzas de la naturaleza, por algunos propaladas como inexpugnable baluarte de sus erróneas creencias acerca de la creación, han pasado á la categoría de fantásticos sueños, hijos de la ignorancia. La naturaleza, por prodigiosa é inconmensurable que sea su grandeza, no es capaz de producir por sí un átomo de materia, ni un *miligrámetro* de fuerza; todo lo que tiene lo ha recibido; no es más que fiel administrador por cuyas manos pasan todos los tesoros del *Señor*, pero sin quedarse con nada ni poner cosa alguna de su parte; todas sus aparentes riquezas son prestadas por la munificente mano del

Eterno. Este es el misterioso ser oculto á nuestros groseros sentidos corporales, pero cuya existencia cantan las estrellas de la noche, los destellos de la aurora, los resplandores del día, los matices de las flores, la frescura de los arroyos, la frondosidad de los valles, la altura de los collados, la bravura y pujanza del mar; en una palabra, la creación entera; estos cantos lo sienten el corazón y los corrobora la inteligencia con sus conquistas científicas.

Esta voz potente de la naturaleza, que pregona la existencia de su Creador, resuena en todos los ámbitos del universo, y es tan penetrante y clara que es percibida con la misma distinción por los idiotas que por los sabios, y que sólo deja de resonar en aquellos oídos que por causas muy diversas se hallan cerrados por inmundo lodo, incapaz de transmitir toda vibración grande y sublime y que salga del reducido círculo de la grosera materia.

Resumiendo: admítanse las teorías de la materia y fuerza, únicas ó múltiples, siem-

pre resulta clara como la luz del día la existencia de una primera causa independiente y esencialmente distinta de todo lo tangible y temporal; la creación viene á ser á manera de descomunal cadena, compuesta de colosales eslabones, suspendida en el vacío; la razón natural, sin necesidad del auxilio de las ciencias físicas, ve con los resplandores de la evidencia la necesidad de un *Ser* que haya suspendido la cadena y que la sostenga; las ciencias experimentales, á fuerza de constante estudio y penosas observaciones, han llegado á descubrir la manera de enlazarse entre sí los eslabones, y aun pretenden conocer la esencia de los mismos; mas estos prodigiosos descubrimientos están tan lejos de oponerse á los principios *a priori* concebidos por la inteligencia humana acerca de la necesidad de un Creador infinito, que, antes al contrario, vienen á derramar nueva y esplendente luz sobre tan transcendental verdad.

Antiguamente, mejor dicho, hace muy

poco tiempo, no se conocían las relaciones existentes, por ejemplo, entre la luz y la gravedad, y hoy, en cambio, se cree con muchísimo fundamento que no son más que una misma cosa con forma distinta; la relación entre una y otra están ya tan perfectamente determinadas, que puedo decir que estoy trazando estas líneas alumbrado por la gravedad convertida en luz. Y nadie se admire de tan peregrina afirmación, pues la luz eléctrica que baña de blanquísimos rayos mi humilde estancia no es más que cierto movimiento originado por el de la armadura de un dinamo, movida á su vez por una turbina, cuyo movimiento es debido al del agua producido por la acción de la gravedad. Por manera que las ciencias naturales no han hecho más que trasladar el problema de un punto á otro y hacer ver más clara su solución. Antiguamente se creía que la luz era una propiedad de ciertos cuerpos, la cual habían recibido del Creador; hoy, ciñéndonos al caso presente, diríamos que

la luz es las vibraciones del éter producidas por una corriente eléctrica, originada por el movimiento de *varias espiras metálicas* al pasar por entre los polos de ciertos imanes, y este movimiento es el mismo del agua, transformado de rectilíneo en circular en las paletas de una turbina, y el agua es movida por la fuerza de gravedad. Hasta aquí ha sido todo del dominio de las ciencias experimentales; mas ahora vuelve á presentarse el transcendental problema; dado que la luz, la electricidad, el movimiento de la *armadura* del dinamo, el de la turbina, el del agua y la acción de la gravedad sean una misma cosa, ¿de dónde procede esta última? Y si no queremos meternos en intrincadas y problemáticas hipótesis para retardar algún tanto y trasladar á otro punto la solución, nos veremos precisados á confesar lo que los antiguos desde luego confesaban: la omnipotencia de Dios es el poderoso brazo de donde parte el movimiento, es el principio y primera causa de todo lo existente; ella es la que

suspendió y mantiene la cadena de los mundos.

Luego todas las conquistas de la humanidad son nuevas pruebas de la existencia de Aquel á quien llamaron los filósofos con extraordinaria oportunidad *ens necessarium*, porque, efectivamente, de Él necesita la inteligencia del hombre si no ha de caer en el negro abismo de la negación absoluta, y de Él necesita el corazón humano si no ha de despeñarse en la más sangrienta desesperación al encontrarse sin objeto que sacie sus aspiraciones infinitas, y la sed inmensa y abrasadora de un goce perfecto y eterno.

